

# La casa redonda

## LOUISE ERDRICH

Nuevos Tiempos Siruela



## Índice

Cubierta

La casa redonda

Capítulo uno. 1988

Capítulo dos. Sola entre nosotros

Capítulo tres. Justicia

Capítulo cuatro. Estridente como un susurro

Capítulo cinco. El presente inexorable

Capítulo seis. Datalore

Capítulo siete. Ángel uno

Capítulo ocho. La tentación de Q

Capítulo nueve. El gran adiós

Capítulo diez. La piel del mal

Capítulo once. La niña

Epílogo

Créditos

Notas

Louise Erdrich



LA CASA REDONDA

Traducción del inglés de  
Susana de la Higuera Glynne-Jones

**S**iruela

Nuevos Tiempos

*A Pallas*

# Capítulo uno

1988



Unos pequeños árboles habían atacado los cimientos de la casa de mis padres. Tan solo eran unas plántulas con un par de tiesas y vigorosas hojas. Aun así, los tallos de los retoños habían conseguido deslizarse por las delgadas grietas de las tablillas decorativas y marrones que cubrían los bloques de cemento. Habían crecido dentro del muro invisible y no resultaba nada fácil arrancarlos. Mi padre se limpió la frente con la palma de la mano y maldijo su resistencia. Yo utilizaba una vieja y oxidada horquilla para dientes de león con el mango astillado; él blandía un largo y fino atizador de hierro para chimenea, que probablemente resultaba más perjudicial que beneficioso. A medida que mi padre taladraba la tierra a ciegas, allí donde intuía que podían haber penetrado las raíces, seguramente realizaba en el mortero oportunos agujeros para los pimpollos del próximo año.

Cada vez que yo lograba desenterrar algún arbolillo a duras penas, lo colocaba a mi lado, como si fuera un trofeo, en la estrecha acera que rodeaba la casa. Había brotes de fresnos, olmos, arces, arces americanos e incluso una catalpa de buen tamaño, que mi padre guardó en un tarro de helado y regó, pensando que podría encontrarle un sitio para replantarla. A mí me parecía un milagro que esos minúsculos árboles hubieran sobrevivido al invierno de Dakota del Norte. Habían recibido agua, desde luego, pero escasa luz y apenas unas migajas de tierra. Aun así, cada semilla había logrado enterrar y afianzar una raíz en lo más hondo, así como asomar fuera un zarcillo.

Mi padre se enderezó y estiró la espalda dolorida. Ya es suficiente, anunció, aunque solía ser un perfeccionista.

Yo era reacio a parar, sin embargo, y después de que entrara en casa

para llamar por teléfono a mi madre, que había acudido a la oficina a buscar una carpeta, seguí escarbando las ocultas raíces. Mi padre no volvió a salir y pensé que debía de haberse acostado para echarse una siesta, como ahora acostumbraba. Hay quien podría pensar que yo, un muchacho de trece años con mejores cosas que hacer, dejaría entonces de trabajar, pero fue al contrario. Conforme fue avanzando la tarde y la quietud y el silencio se fueron apoderando de la reserva, me parecía cada vez más importante exterminar a cada uno de estos invasores hasta el extremo de la raíz, donde se concentraba todo el crecimiento vital. Y también me parecía importante hacerlo con precisa meticulosidad, al contrario de tantas tareas que había realizado de forma chapucera. Todavía hoy me sorprende el esmero tan riguroso que mostré. Hundía la horquilla de hierro lo más cerca que podía a lo largo del brote con forma de ramilla. Cada diminuto árbol requería su propia y particular estrategia. Resultaba casi imposible no seccionar la planta antes de extraerla intacta de su tenaz escondrijo.

Desistí al fin; entré a hurtadillas en su despacho y cogí el libro de derecho que mi padre llamaba La Biblia. El *Manual de la Ley Federal India* de Felix S. Cohen. Mi padre lo había heredado de su padre; la cubierta de color rojo óxido estaba arañada y el largo lomo cuarteado, y en cada página aparecían anotaciones escritas a mano. Yo intentaba familiarizarme con la antigua lengua y las constantes notas a pie de página. Mi padre, o mi abuelo, había garabateado un signo de exclamación en la página 38, junto al caso escrito en cursiva, que naturalmente también había despertado mi interés: *Estados Unidos contra ciento sesenta litros de whisky*. Supongo que uno de ellos debió de pensar que ese título era ridículo, al igual que yo. No obstante, estaba analizando la idea, puesta en evidencia en otros casos y reforzada en este, de que nuestros tratados con el Gobierno parecían ser tratados firmados con naciones extranjeras. Que la *grandeur* y la fuerza de las que hablaba mi Mooshum no se habían perdido por completo, ya que permanecían protegidas por la ley, al menos hasta cierto punto, que yo me proponía conocer.

Estaba leyendo y tomándome un vaso de agua fresca en la cocina cuando mi padre se levantó de la siesta y apareció, desorientado y bostezando. A pesar de su importancia, el manual de Cohen no era un

libro plúmbeo y, cuando mi padre apareció, lo escondí rápidamente en el regazo, debajo de la mesa. Mi padre se lamió los labios reseco y se puso a dar vueltas en busca del olor a comida, tal vez, el ruido de cacharros, el tintineo de vasos o el sonido de unos pasos. Lo que me dijo me sorprendió, aunque aparentemente sus palabras sonaron intrascendentes.

¿Dónde está tu madre?

Su voz era ronca y áspera. Deslicé el libro en otra silla, me levanté y le di mi vaso de agua. Lo apuró de un trago. No repitió esas palabras, pero ambos nos miramos fijamente el uno al otro de un modo que, en cierta medida, me pareció adulto, como si él supiera que con mi lectura yo me había introducido en su mundo. Me sostuvo la mirada hasta que bajé los ojos. La verdad es que yo acababa de cumplir trece años. Dos semanas atrás, tenía doce.

¿Trabajando?, respondí, para escapar de su mirada. Yo daba por sentado que él sabía dónde estaba, que ella le había dado esa información cuando la llamó. En realidad, yo sabía que no estaba trabajando. Ella había contestado a una llamada de teléfono y después me había dicho que iba a la oficina a buscar un par de carpetas. Como especialista del registro tribal, seguramente estaría dándole vueltas a alguna solicitud que había recibido. Era domingo; de ahí tanto secretismo. El tiempo detenido del domingo por la tarde. Aunque hubiese ido a la casa de su hermana Clemence para hacerle una visita después, mamá debería de estar ya de vuelta para preparar la cena. Ambos lo sabíamos. Las mujeres no son conscientes del enorme valor que otorgan los hombres a la regularidad de sus hábitos. Metabolizamos sus idas y venidas en nuestros cuerpos y sus ritmos en nuestros huesos. Nuestro pulso acompasa el suyo, y como siempre en las tardes del fin de semana, aguardábamos a que mi madre nos marcara inexorablemente el paso del tiempo hasta la noche.

Por lo que su ausencia detuvo el tiempo.

¿Qué hacemos?, preguntamos al unísono, algo que resultó de nuevo desazonador. Pero al verme nervioso, mi padre, al menos, tomó las riendas de la situación.

Vamos a por ella, dijo. E incluso en ese momento, mientras me ponía

la cazadora, me alegraba de que se mostrara tan decidido: «a por ella», no solo a buscarla, ni salir en su busca. Saldríamos y la encontraríamos.

Habría pinchado, razonó. Seguramente llevó a alguien a casa y tuvo un pinchazo. Estas malditas carreteras. Caminaremos hasta la casa de tu tío para que nos deje el coche e iremos a por ella.

A por ella otra vez. Caminé a su lado. Andaba con paso ligero y todavía vigoroso una vez que se ponía en marcha.

Se había hecho abogado y después juez, y también se había casado ya mayor. También yo fui una sorpresa para mi madre. Mi viejo Mooshum me llamaba «Oops»<sup>1</sup>; era el apodo que me había puesto, y por desgracia, a otros miembros de la familia les hizo gracia. Por ello, a veces me llaman Oops, incluso a día de hoy. Bajamos la colina hasta la casa de mis tíos –una casa verde claro del Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano, protegida por unos chopos y cuyos aspecto y categoría habían sido mejorados con tres pequeños abetos azules–. Mooshum también vivía allí, en una eterna neblina. Todos nos sentíamos orgullosos de su extraordinaria longevidad. Era un anciano, pero todavía cuidaba activamente del jardín. Tras los esfuerzos realizados, se acostaba en un catre –un amasijo de palos– junto a la ventana para descansar, echaba unas cabezadas, a veces emitiendo unos roncros chisporroteos que seguramente eran risotadas.

Cuando mi padre explicó a Clemence y a Edward que mi madre había pinchado y que necesitábamos su coche, como si de verdad fuera sabedor del supuesto pinchazo, casi me eché a reír. Parecía haberse convencido a sí mismo de la verdad de su conjetura.

Salimos del camino de acceso marcha atrás en el Chevrolet de mi tío y nos dirigimos a las oficinas tribales. Dimos una vuelta completa al aparcamiento. Vacío. Las ventanas estaban a oscuras. Tras salir marcha atrás de la entrada, giramos a la derecha.

Seguro que ha ido a Hoopdance, dijo mi padre. Necesitaría algo para la cena. Tal vez quería darnos alguna sorpresa, Joe.

Soy el segundo Antone Bazil Coutts, pero me pelearía con cualquiera que añadiera un número a mi nombre. O me llamara Bazil. Decidí

llamarme Joe al cumplir seis años. A los ocho, me di cuenta de que había elegido el nombre de Joseph, el padre de mi padre, el abuelo al que nunca conocí salvo por las inscripciones en los libros de páginas amarillentas y de cubiertas de cuero cuarteadas. Dejó en herencia varias estanterías repletas de estas antiguallas. Me molestaba no tener un nombre totalmente inédito para distinguirme del tedioso linaje de los Coutts, hombres responsables y rectos, incluso improvisados y desenvueltos héroes, que bebían tranquilamente, fumaban algún que otro puro, conducían un coche práctico y solo mostraban su valía al casarse con mujeres más inteligentes. Yo me veía diferente, aunque todavía no sabía en qué. Incluso en ese momento, aplacando mi angustia mientras partíamos en busca de mi madre, que había ido a la tienda de comestibles –nada más, seguramente nada más–, fui consciente de que lo que estaba sucediendo era algo fuera de lo normal. Una madre desaparecida. Algo que no le ocurría al hijo de un juez, ni siquiera a uno que viviera en una reserva. De un modo impreciso, esperaba que *algo* ocurriera.

Yo era ese tipo de muchacho que se pasaba los domingos por la tarde arrancando de cuajo arbolitos de los cimientos de la casa de sus padres. Tendría que haberme rendido a la ineluctable evidencia de que ese sería el tipo de persona en que me convertiría al final, pero no dejaba de luchar contra esa perspectiva. Sin embargo, cuando digo que deseaba que ocurriera *algo*, no me refiero a nada malo, sino tan solo a algo. Un acontecimiento excepcional. La observación de algo singular. Ganar al bingo, aunque los domingos no eran días para jugar al bingo y habría sido totalmente anómalo que mi madre fuera a jugar. Eso era lo que yo deseaba, no obstante: algo fuera de lo normal. Nada más.

A mitad de camino a Hoopdance, caí en la cuenta de que la tienda de comestibles cerraba los domingos.

¡Pues claro! Mi padre estiró el mentón y apretó el volante con las manos. Tenía un perfil que parecía un indio en un cartel de cine y un romano en una moneda. Había cierto estoicismo clásico en su nariz aguileña y su mandíbula. Siguió conduciendo, porque –sostuvo– quizá a ella también se le había olvidado que era domingo. Fue entonces cuando nos cruzamos con ella. ¡Allí mismo! Pasó zumbando por el carril contrario, absorta, superando el límite de velocidad, ansiosa por

volver a casa con nosotros. ¡Pero ahí estábamos nosotros! Nos echamos a reír ante su gesto tenso mientras dábamos media vuelta en la carretera estatal y nos poníamos a seguirla, pisándole los talones.

Está loca, se echó a reír mi padre, aliviado. ¿Lo ves?, ya te lo dije yo. Se le había olvidado. Fue a la tienda y se olvidó de que estaba cerrada. Ahora estará furiosa por haber malgastado gasolina. ¡Ay, Geraldine!

Había adoración, asombro y un tono divertido en la voz de mi padre cuando pronunció esas palabras. «¡Ay, Geraldine!» En tan solo esas dos palabras quedaba claro que amaba y siempre había amado a mi madre. Nunca había dejado de agradecer que ella se hubiera casado con él y, además, que en el mismo paquete, le hubiera dado un hijo cuando había empezado a pensar que sería el último de su linaje.

Ay, Geraldine.

Sacudió la cabeza con una amplia sonrisa mientras conducía y ya todo estaba bien, más que bien. Ahora podíamos admitir que la inusual ausencia de mi madre nos había preocupado. Podíamos tomar una repentina y nueva conciencia de lo mucho que valorábamos el carácter sagrado de nuestra pequeña rutina cotidiana. Por muy alocado que me viera a mí mismo reflejado en el espejo, en mi mente valoraba tales placeres corrientes.

Así que ahora nos tocaba a nosotros preocuparla a ella. Un poquito nada más, dijo mi padre, solo para que probara un poco de su propia medicina. Nos tomamos nuestro tiempo para llevar el coche de vuelta a casa de Clemence y subir la colina a pie, anticipando esta vez la indignada pregunta de mi madre: ¿Dónde estabais? Ya me la estaba imaginando con los puños cerrados y los brazos en jarras. Su sonrisa a punto de asomar detrás de su ceño fruncido. No tardaría en reír en cuanto oyera la historia.

Recorrimos el camino de tierra de la entrada, donde mi madre había plantado los brotes de pensamientos que había cultivado en cartones de leche, y que ahora lo bordeaban formando una estricta hilera. Los había sacado pronto. La única flor capaz de soportar una helada. A medida que nos acercábamos por el camino, advertimos que seguía dentro del coche. Sentada en el asiento del conductor, ante el panel blanco que conformaba la puerta del garaje. Mi padre echó a correr. Yo también lo vi en la postura de su cuerpo: contracción y rigidez, algo iba mal.

Cuando llegó al coche, abrió la puerta del conductor. Mi madre tenía las manos aferradas al volante y la mirada vacía clavada en el horizonte, como la habíamos visto cuando nos cruzamos con ella en dirección contraria, de camino a Hoopdance. Habíamos advertido esa mirada fija y nos había hecho gracia entonces. ¡Estará furiosa por haber malgastado gasolina!

Yo estaba justo detrás de mi padre. Incluso en ese momento tenía cuidado de no pisar las hojas festoneadas y los capullos de los pensamientos. Colocó sus manos en las de ella y, con delicadeza, fue despegando sus dedos del volante. Sosteniéndola por los codos, la sacó del coche y la sujetó mientras ella se giraba hacia él, todavía encorvada con la forma del asiento del coche. Se desplomó sobre él, con la mirada ausente, sin verme. Había vómito por toda la parte delantera de su vestido, y su falda y la lona gris del asiento del coche estaban empapados de su sangre oscura.

Ve a casa de Clemence, dijo mi padre. Ve y diles que me llevo a tu madre a urgencias a Hoopdance. Diles que vayan.

Con una mano, abrió la puerta del asiento trasero y, después, como si se tratase de algún espantoso baile, condujo a mamá hasta la esquina del asiento y, muy despacio, la tendió allí. La ayudó a ponerse de costado. Ella no hablaba, aunque se humedeció los labios partidos y ensangrentados con la punta de la lengua. Vi cómo parpadeó, frunciendo el ceño. Su cara comenzaba a hincharse. Rodeé el coche y me subí a su lado. Le levanté la cabeza y deslicé una pierna debajo. Me senté a su lado, sosteniéndola por el hombro con el brazo. Tiritaba con un temblor continuo, como si hubiesen encendido un interruptor en su interior. Desprendía un fuerte olor, a vómito y a algo más, como gasolina o queroseno.

Te dejaré allí arriba, dijo mi padre, mientras daba marcha atrás y hacía chirriar los neumáticos.

No, yo también voy. Tengo que sujetarla. Llamaremos desde el hospital.

Casi nunca había desafiado a mi padre ni con palabras ni con hechos. Pero ni siquiera nos dimos cuenta de ello. Ya habíamos intercambiado esa mirada, extraña, como entre dos hombres adultos, y yo no había estado preparado. Pero aquello no importaba. Sujetaba ahora a mi

madre firmemente en el asiento trasero del coche. Me había manchado con su sangre. Extendí la mano hacia la luna trasera y cogí una vieja colcha de cuadros que guardábamos allí. Tiritaba de tal forma que temí que fuera a romperse en mil pedazos.

Rápido, papá.

De acuerdo, respondió.

Y salimos volando. Aceleró el coche hasta ponerlo a ciento cincuenta. Volamos.

Mi padre poseía una voz capaz de tronar; se decía que había cultivado esta característica. No había sido así en su juventud, pero había tenido que utilizarla en los tribunales. Su voz tronó e inundó todo el vestíbulo de urgencias. Los celadores colocaron a mi madre en una camilla y mi padre me mandó que llamara a Clemence y esperara. Y ahora que lo que impregnaba el ambiente era su ira, crepitante y cristalina, me sentía mejor. Fuera lo que fuera lo que había pasado, tenía solución. Gracias a su furia, que era algo singular y que daba resultado. Él sujetaba la mano de mi madre mientras la trasladaban a la sala de urgencias. Las puertas se cerraron tras él.

Me senté en una silla de plástico moldeado de color naranja. Una escuálida mujer embarazada había pasado delante de la puerta abierta del coche, mirando detenidamente a mi madre, asimilando la escena antes de inscribirse en el mostrador. Se sentó frente a mí y cogió un viejo número de la revista *People*.

¿Es que los indios no tenéis vuestro propio hospital allá? ¿No estabais construyendo uno nuevo?

El pabellón de urgencias todavía está en obras, respondí.

Aun así, dijo.

¿Aun así, qué? Procuré hablar con voz cortante y sarcástica. Nunca fui como tantos niños indios, que bajaban los ojos en silencio tragándose su rabia sin decir nada. Mi madre me había enseñado otra cosa: a no dejarme intimidar.

La mujer embarazada frunció los labios, se sentó y se puso a leer la revista. Me dirigí al teléfono público, pero no tenía dinero. Me acerqué a la ventanilla de la enfermera y le pedí que me dejara hacer una

llamada. Estábamos lo bastante cerca como para que fuese una llamada local, por lo que la enfermera accedió. Pero nadie contestó. Así supe que mi tía había llevado a Edward a adorar el sacramento, motivo por el que estaban fuera de casa los domingos por la noche. Decía que mientras Clemence adoraba el sacramento, él meditaba sobre cómo era posible que los hombres hubieran evolucionado desde los simios solo para sentarse boquiabiertos alrededor de una galleta redonda y blanca. El tío Edward era profesor de ciencias.

Volví a sentarme en la sala de espera, lo más lejos posible de la mujer embarazada, pero la habitación era muy pequeña, de modo que no llegó a ser lo bastante lejos. La mujer hojeaba la revista. Cher salía en la portada. Yo podía leer las palabras escritas al lado de su mandíbula: «Hizo de *Hechizo de luna* un éxito de taquilla, su novio tiene veintitrés años y es lo bastante dura como para decir “tócame las narices y te mato”». Pero Cher no parecía dura. Tenía el aspecto de una muñeca de plástico sorprendida. La mujer huesuda y abultada echó un vistazo a Cher y me dirigió una mirada maliciosa.

Parece que esa pobre mujer ha tenido un aborto o tal vez..., bajó la voz... la hayan violado.

Alzó el labio de sus dientes de conejo mientras me observaba. Su pelo desgreñado y amarillento se agitó. Le devolví la mirada, clavándola en sus ojos castaños desprovistos de pestañas. Entonces, por instinto, hice algo anómalo. Me incliné y le arrebaté la revista de las manos. Sin quitarle los ojos de encima, arranqué la portada y dejé caer el resto de la revista. Rompí otra vez la hoja. Las cejas idénticas de Cher se partieron. Le devolví la portada y la mujer aceptó los pedazos. De pronto me sentí mal por Cher. ¿Qué me había hecho? Me levanté y salí de la sala.

Me quedé fuera. Podía oír la voz de la mujer, elevada y triunfal, que se quejaba a la enfermera. El aire se había vuelto gélido, y con la oscuridad me recorrió la espalda un sigiloso escalofrío. Di unos saltitos sobre un pie y el otro mientras movía los brazos. Me daba igual. No volvería allí dentro hasta que aquella mujer se marchara, o hasta que mi padre saliera y me dijera que mi madre estaba bien. No podía dejar de pensar en lo que había dicho esa mujer. Aquellas palabras eran una puñalada en mis pensamientos, tal y como ella pretendía. Aborto. Una palabra que yo no entendía del todo pero que sabía que tenía que ver

con bebés. Algo que era imposible. Mi madre me había contado, seis años atrás, cuando le daba la lata con la idea de tener un hermanito, que el médico se había asegurado de que no pudiese quedarse embarazada después de que yo naciera. No podía ocurrir. De modo que solo quedaba la otra palabra.

Al cabo de un rato, vi que una enfermera acompañaba a la mujer embarazada al otro lado de las puertas. Esperé que no la pusieran ni remotamente cerca de mi madre. Volví a entrar y telefoneé de nuevo a mi tía, que me dijo que dejaría a Edward con Mooshum y acudiría enseguida. También me preguntó qué había ocurrido, qué le pasaba.

Mamá está sangrando, respondí. Se me hizo un nudo en la garganta y no pude decir nada más.

¿Está herida? ¿Ha tenido un accidente?

Conseguí balbucear que no lo sabía y Clemence colgó. Una enfermera con gesto adusto salió y me pidió que fuera junto a mi madre. La enfermera reprobaba que mi madre hubiese preguntado por mí. Insistió, dijo. Quise ir corriendo, pero seguí a la enfermera por un pasillo luminoso hasta una sala sin ventanas, en cuyas paredes se alineaban vitrinas metálicas verdes. La habitación tenía una luz tenue y mi madre llevaba una fina bata de hospital. Una sábana le cubría las piernas. No había sangre por ninguna parte. Mi padre se hallaba de pie a la cabecera de la cama, sujetando la barra metálica con la mano. Al principio, no le miré, solo a ella. Mi madre era una mujer hermosa: eso era algo que siempre había sabido. Un hecho reconocido por la familia y por los desconocidos. Clemence y ella tenían la piel de color café con leche y un cabello precioso, negro, lustroso y rizado. Incluso después de haber tenido hijos, eran delgadas. Serenas y directas, con miradas firmes y seguras de sí mismas, y unos labios de estrellas de cine. Cuando se reían a carcajadas, en cambio, perdían toda su dignidad, y se atragantaban, resoplaban, eructaban, jadeaban e incluso se tiraban pedos, lo que les causaba cada vez más hilaridad. Normalmente una provocaba a la otra, pero a veces también mi padre podía hacerles perder el control. Incluso entonces estaban preciosas.

Ahora su rostro aparecía hinchado con verdugones, se había

deformado y presentaba un aspecto horrible. Aguzó la vista entre las delgadas aberturas de la carne macilenta de sus párpados.

¿Qué ha pasado?, le pregunté tontamente.

No respondió. De sus ojos brotaron unas lágrimas. Se las secó con el puño vendado con una gasa. Estoy bien, Joe. Mírame. ¿Lo ves?

Y la miré. Pero no estaba bien. Tenía arañazos y golpes, y la cara horriblemente desencajada. Su piel había perdido su habitual color cálido. Presentaba un tono gris ceniza. Sus labios parecían sellados con sangre seca. La enfermera entró y levantó el extremo de la cama con una manivela. Colocó otra manta sobre ella. Intenté acariciar su muñeca vendada y fría y las yemas reseca de sus dedos. Retiró la mano con un grito, como si le hubiese hecho daño. Se puso rígida y cerró los ojos. Ese gesto me destrozó. Levanté los ojos hacia mi padre y me indicó que le acompañara. Me rodeó el hombro con el brazo y me condujo fuera de la habitación.

Ella no está bien, dije.

Bajó los ojos hacia su reloj y luego me miró. Su rostro solo expresaba la efervescente rabia de un hombre incapaz de pensar lo bastante rápido.

No está bien, insistí, como si estuviera proclamando una apremiante verdad. Por un segundo, pensé que se derrumbaría. Podía ver que algo iba creciendo en su interior, pero lo dominó, respiró hondo y se recompuso.

Joe. Fijaba de nuevo los ojos en el reloj de forma extraña. Joe, han agredido a tu madre.

Nos quedamos de pie en el pasillo, el uno junto al otro bajo el zumbido de los fluorescentes parpadeantes. Dije lo primero que se me ocurrió.

¿Quién? ¿Quién la atacó?

De forma absurda, ambos nos dimos cuenta de que su respuesta habitual habría sido corregirme el tiempo verbal. Nos miramos, pero no dijo nada.

Mi padre poseía la cabeza, el cuello y los hombros de un hombre alto y fuerte, pero el resto de su cuerpo era perfectamente corriente. Incluso era algo torpe y bonachón. Si uno se para a pensar en ello, se trata de un físico muy adecuado para un juez. Sentado en el tribunal, imponente,

domina la escena, pero cuando atiende en su despacho (un cuarto de escobas dignificado), no resulta nada amenazante y la gente confía en él. Su voz, lo mismo que sabe ser atronadora, es capaz de todas las sutilezas, e incluso a veces resulta de lo más dulce. Era la dulzura de su voz lo que ahora me asustaba, y la suavidad. Casi un susurro.

No sabe quién era ese hombre, Joe.

Pero ¿lo encontraremos?, pregunté con el mismo tono susurrante.

Lo encontraremos, dijo mi padre.

¿Y luego qué?

Mi padre nunca se afeitaba los domingos, y en su cara asomaba una incipiente barba cana. Aquella cosa se acumulaba de nuevo en él, a punto de estallar. Sin embargo, en lugar de eso, me puso las manos en los hombros y me habló con esa voz atiplada que me asustaba.

No puedo pensar a tan largo plazo ahora mismo.

Coloqué mis manos en las suyas y le miré a los ojos. A esos penetrantes ojos castaños. Necesitaba saber que a quienquiera que hubiera atacado a mi madre se le encontraría, castigaría y mataría. Mi padre lo vio. Me clavó los dedos en los hombros.

Lo encontraremos, dije rápidamente. Me sentía asustado al verbalizarlo, aturdido.

Sí.

Apartó las manos. Sí, repitió. Dio un golpecito en el reloj y se mordió el labio. Ahora, a ver si llega la policía. Tienen que tomarle declaración. Ya deberían de estar aquí.

Dimos media vuelta para volver a la habitación.

¿Qué policía?, pregunté.

Exacto, respondió.

La enfermera no quería que volviésemos todavía a la habitación, y mientras aguardábamos, llegó la policía. Tres hombres entraron por las puertas de dos hojas y esperaron en el vestíbulo tranquilamente. Había un agente estatal, otro municipal de la localidad de Hoopdance y Vince Madsewin, de la policía tribal. Mi padre había insistido en que cada uno de ellos tomara declaración a mi madre, porque no estaba claro dónde se había cometido el delito –en tierras del estado o tribales–, ni quién lo

había cometido –un indio o un no indio–. Yo ya sabía, de una forma rudimentaria, que estas cuestiones girarían en torno a los hechos. Al igual que sabía que esas cuestiones no cambiarían los hechos. Sin embargo, modificarían inevitablemente la manera en que exigiríamos justicia. Mi padre me tocó el hombro antes de dejarme y acercarse a ellos. Me apoyé contra la pared. Eran todos un poco más altos que mi padre, pero le conocían, y se inclinaron para oír sus palabras. Le escucharon con atención sin quitarle los ojos de encima. Mientras hablaba, mi padre miraba al suelo de vez en cuando y cruzaba las manos en la espalda. Levantó los ojos para mirar a cada uno de ellos con el ceño fruncido y, después, bajó la vista al suelo otra vez.

Cada uno de los hombres entró en la habitación con una libreta y un bolígrafo, y salió a los quince minutos con gesto inexpresivo. Cada uno de ellos le dio la mano a mi padre y se marchó rápidamente.

Un médico joven llamado Egge se encontraba de servicio ese día. Fue él quien examinó a mi madre. Mientras mi padre y yo regresábamos a la habitación, advertimos que el doctor Egge había vuelto.

No recomiendo que el muchacho..., comenzó.

Me pareció gracioso que su cabeza abombada, calva y brillante tuviese forma de huevo, haciendo honor a su apellido.<sup>2</sup> Su rostro ovalado con pequeñas gafas redondas y negras me resultaba familiar y me di cuenta de que era el tipo de cara que mi madre solía dibujar en los huevos pasados por agua para que me los comiera.

Mi esposa ha insistido en volver a ver a Joe, explicó mi padre al doctor Egge. Necesita que él vea que ella está bien.

El doctor Egge guardó silencio. Dirigió a mi padre una mirada remilgada y penetrante. Mi padre se alejó de Egge y me pidió que fuera a la sala de espera a ver si Clemence ya había llegado.

Me gustaría volver a ver a mamá.

Iré a buscarte, apremió mi padre. Vete.

El doctor Egge observaba a mi padre con una mirada todavía más severa. Me marché muy a regañadientes. La puerta que daba a la sala de espera se encontraba al final del pasillo. Mientras mi padre y el doctor Egge se alejaban de mí, hablaban en susurros. Yo no quería marcharme, de modo que me di la vuelta y los observé antes de franquear la puerta. Se detuvieron delante de la habitación de mi madre. El doctor Egge

terminó de hablar y se ajustó las gafas en la nariz con un dedo. Mi padre dio unos pasos hasta la pared, como si fuera a atravesarla. Apoyó la frente y las manos en ella, y permaneció así con los ojos cerrados.

El doctor Egge se giró y me descubrió inmóvil delante de la puerta. Me señaló la sala de espera. La emoción de mi padre era algo –daba a entender con su gesto– que yo era demasiado joven para presenciar. Pero durante las últimas horas me había vuelto cada vez más resistente a la autoridad. En lugar de desaparecer educadamente, corrí hacia mi padre, apartando al doctor Egge con los brazos. Me abracé al mullido pecho de mi padre, debajo de su chaqueta, y me agarré fuertemente a él sin decir nada, solamente respirando con él, entre profundos sollozos.

Mucho más tarde, después de que me dedicara al Derecho y estudiara a fondo otra vez cada documento que podía encontrar, cada declaración, reviviera cada minuto de ese día y de los días posteriores, comprendí que fue ese el momento en que mi padre conoció, por parte del doctor Egge, los detalles y la gravedad de las heridas de mi madre. Pero aquel día, lo único que yo sabía, después de que Clemence me separara de mi padre y me alejara de allí, fue que aquel pasillo era una pendiente muy pronunciada. Abrí las puertas de la sala y dejé que Clemence hablara con mi padre. Después de llevar una media hora esperando sentado en la sala de espera, Clemence entró y me anunció que mi madre entraba en quirófano. Me apretó la mano. Nos quedamos sentados juntos con la mirada clavada en el cuadro de una pionera descansando en una colina calurosa con un bebé acostado a su lado, a la sombra de una sombrilla negra. Convinimos que nunca nos había importado esa imagen y que ahora la íbamos a odiar activamente, aunque no fuese culpa del dibujo.

Debería llevarte a casa, podrías dormir en la habitación de Joseph, dijo Clemence. Mañana puedes ir al colegio desde nuestra casa. Yo volveré aquí para esperar.

Yo estaba cansado, me dolía la cabeza, pero la miré como si estuviese loca. Porque debía de estar mal de la cabeza si pensaba que yo iría a clase. Nada seguiría como si tal cosa. Aquel empinado y terrible pasillo conducía a este sitio –la sala de espera–, donde yo esperaría.

Al menos, duerme un poco, dijo mi tía. Dormir no te hará mal. Así el tiempo pasará y no tendrás que mirar ese maldito cuadro.

¿La han violado?, le pregunté.

Sí, respondió.

Hubo algo más, añadí.

Mi familia no se anda con rodeos. Aunque católica, mi tía no es ninguna mojigata. Cuando habló para responderme, su voz era directa y serena.

La violación es una relación sexual por la fuerza. Un hombre puede forzar a una mujer. Eso fue lo que pasó.

Asentí. Pero quería saber algo más.

¿Se va a morir?

No, contestó Clemence enseguida. No se va a morir. Pero a veces...

Se mordió los labios por dentro, de modo que dibujaron una línea fruncida, y entrecerró los ojos hacia el cuadro.

...es más complicado, continuó al fin. Tú has visto que la han golpeado, y mucho, ¿no? Clemence se acarició la mejilla levemente colorada y empolvada para ir a la iglesia.

Sí, lo he visto.

Nuestros ojos se empañaron de lágrimas y desviamos la mirada el uno del otro, para bajarla hacia el bolso de Clemence mientras rebuscaba en él un pañuelo de papel. Ambos nos permitimos llorar un poco mientras sacaba los pañuelos. Suponía un alivio. Después, nos enjugamos las lágrimas y Clemence prosiguió.

Puede ser más violento que en otras ocasiones.

Violada con violencia, pensé.

Sabía que esas dos palabras casaban. Tal vez de un juicio que había leído en los libros de mi padre o de un artículo de prensa o de las novelas policiacas baratas del supermercado que mi tío Whitey guardaba en la estantería de libros de bolsillo.

Gasolina, dije. Pude olerlo. ¿Por qué olía a gasolina? ¿Había ido a la gasolinera de Whitey?

Clemence me miró fijamente, deteniendo el pañuelo de papel junto a su nariz, y su piel se tornó del color de la nieve antigua. Se agachó de pronto y apoyó la cabeza en las rodillas.

Estoy bien, dijo detrás del pañuelo de papel. Su voz sonaba normal,

incluso fría. No te preocupes, Joe. Creí que me iba a desmayar, pero se me ha pasado.

Se recompuso y se enderezó. Me dio palmaditas en la mano. No volví a preguntarle por la gasolina.

Me quedé dormido en una banqueta de plástico y alguien me tapó con una manta de hospital. Sudé mientras dormía y, cuando desperté, tenía la mejilla y el brazo pegados al plástico. Me despegué de forma desagradable y me apoyé en un codo.

El doctor Egge se hallaba al otro lado de la sala hablando con Clemence. Enseguida pude ver que las cosas iban mejor, que mi madre estaba mejor, que fuese lo que fuese de lo que la habían operado estaba mejor y que, a pesar de la gravedad de las cosas, al menos de momento la situación no estaba empeorando. Así que hundí el rostro en el plástico verde y pegajoso, que ahora resultaba agradable, y me volví a dormir.

# Capítulo dos

## Sola entre nosotros



Yo tenía tres amigos. Todavía sigo en contacto con dos de ellos. El otro es una cruz blanca en Montana Hi-Line. Quiero decir que allí está marcada su partida física. En cuanto a su espíritu, lo llevo siempre conmigo bajo la forma de una piedra redonda y negra. Me la dio cuando se enteró de lo que le había pasado a mi madre. Se llamaba Virgil Lafournais, o Cappy. Me dijo que se trataba de una de esas piedras que se encuentran a los pies de un árbol alcanzado por un rayo y que era sagrada. Un huevo de Pájaro Trueno, lo llamaba. Me la regaló el día que volví al colegio. Cada vez que ese día algún niño o profesor me dirigía una mirada extraña, de lástima o curiosidad, tocaba la piedra que Cappy me había regalado.

Ya habían transcurrido cinco días desde que encontráramos a mi madre sentada delante de casa. Me había negado a ir al colegio antes de que le dieran el alta del hospital. Ella estaba deseando marcharse y se sintió aliviada de volver a casa. Aquella mañana me había dicho adiós desde la cama de matrimonio de su dormitorio en la planta de arriba.

Cappy y el resto de tus amigos te echarán de menos, dijo.

Debía volver a clase, aunque solo faltara una semana para las vacaciones de verano. En cuanto se encontrase mejor, nos prepararía una tarta, dijo, y sándwiches de salsa boloñesa. Siempre le había gustado prepararnos comida.

Mis otros dos amigos eran Zack Peace y Angus Kashpaw. En aquellos tiempos, los cuatro nos juntábamos en cuanto podíamos, aunque se sobreentendía que Cappy y yo éramos uña y carne. La madre de Cappy había fallecido cuando él era un niño, dejando a Cappy, a su hermano mayor, Randall, y a su padre, Doe Lafournais, destinados a

una vida de hábitos de soltero y a un hogar donde reinaba el caos por la ausencia de una mujer. Aunque Doe salía con mujeres de vez en cuando, nunca volvió a casarse. Trabajaba de conserje en las oficinas tribales al mismo tiempo que ejercía, cada cierto tiempo, de presidente tribal. Cuando lo eligieron por primera vez en 1960, cobró justo el dinero suficiente para poder reducir su empleo de conserje a media jornada. Cuando estaba demasiado cansado como para presentarse a otro mandato, ampliaba el número de horas trabajando de vigilante nocturno. Hasta los años setenta, los agentes federales no empezaron a invertir dinero en el gobierno tribal, y solo entonces comenzamos a aprender a gestionar nuestras cosas. Doe seguía siendo presidente, de forma discontinua. Funcionaba de la siguiente manera: la gente votaba a Doe cuando se cabreaba con el presidente de turno. Pero en cuanto Doe ocupaba el cargo, comenzaban las habladurías, las quejas, los chismorreos, el inexorable acoso y derribo consustancial a la política en la reserva y destino de todo aquel que se acerca demasiado a la luz de cualquier foco. Cuando la cosa se ponía muy mal, Doe decidía no seguir en el cargo. Recogía sus pertenencias del despacho, incluidos los artículos de papelería de presidente de la tribu que siempre encargaba y pagaba de su propio bolsillo: «Doe Lafournais, presidente tribal». Durante algunos años, tuvimos mucho papel para pintar. Inevitablemente, su sucesor sufría el mismo sino. Al final, los arrepentidos y suplicantes votantes de Doe trataban de persuadirle hasta que el hombre volvía a presentarse. 1988 fue un año sin mandato para Doe, por lo cual salimos mucho a pescar. Pasamos la mitad del invierno en la casa de hielo, pescando lucios y tomando cervezas a escondidas.

La familia de Zack Peace estaba separada por segunda vez. Corwin Peace, su padre, era un músico en permanente gira. Carleen Thunder, su madre, dirigía el periódico de la tribu. Vince Madwesin, su padrastro, era el agente de la policía tribal que había tomado declaración a mi madre. Zack les llevaba más de diez años a su hermano y a su hermana, porque sus padres se habían casado muy jóvenes, se habían divorciado, luego se dieron una nueva oportunidad y descubrieron que habían hecho bien en divorciarse la primera vez. Zack tenía grandes dotes para

la música, como su padre, y siempre llevaba su guitarra a la casa de hielo. Decía que se sabía mil canciones.

En cuanto a Angus, procedía de un barrio de la reserva de extrema pobreza. La tribu había conseguido dinero para levantar un complejo de viviendas protegidas: unos edificios amplios y de color ocre, de estilo urbano, de apartamentos en las afueras del pueblo. Estaban rodeados de morones cubiertos de maleza, desprovistos de árboles o arbustos. El dinero se había agotado antes de construir las escaleras, así que la gente utilizaba rampas de contrachapado o se aupaba para entrar en sus casas, y salía de ellas de un salto. Su tía Star había instalado a Angus, sus dos hermanos, los dos hijos de su novio y a un despliegue siempre cambiante de hermanas embarazadas y primos juerguistas o en desintoxicación en una vivienda de tres habitaciones. La tía Star administraba una cantidad épica de locura. Tampoco ayudaba que, además de carecer de escaleras, el edificio mismo fuera una pesadilla de bajo presupuesto. El constructor se había ahorrado el aislamiento, de modo que en invierno Star tenía que dejar el horno encendido por la noche con la puerta abierta y el grifo del agua un poco abierto, para que no se helaran las tuberías. Unos trapos rellenaban las rendijas existentes entre las paredes y las ventanas, porque las placas de yeso se habían desprendido de los marcos de las baratas dobles ventanas combinadas de aluminio. En poco tiempo, las ventanas se rompieron y los cristales se desencajaron. Nada funcionaba. Las cañerías regurgitaban. Me convertí en un experto en sellar el retrete con cera y cinta americana. Star siempre nos sobornaba con pan frito para que arregláramos cosas de la casa o improvisáramos una antena parabólica con un tapacubos o algo similar.

En realidad, en cuanto se juntó con Elwin, su gran amor, conseguimos armar una antena parabólica. Star tenía un televisor de primera calidad, que se había comprado con la sustancial suma de dinero que había ganado en el bingo por única vez en su vida. Con la ayuda de Elwin, chapuceamos a lo MacGyver un viejo aparato y conseguimos señales de Fargo, Minneapolis e incluso de Chicago o Denver. Colgamos la antena parabólica en septiembre de 1987, justo a tiempo para los estrenos de la temporada de todos los programas de la televisión. Mejoramos la recepción hasta tal punto que a veces

sintonizábamos los programas emitidos fuera de algunas ciudades, algo siempre cambiante según las condiciones climatológicas y el magnetismo de los planetas. Teníamos que rastrearlos, pero no creo que nos perdiéramos un solo capítulo de *Star Trek*. No la versión antigua, sino *La nueva generación*. Nos encantaba *La guerra de las galaxias* y teníamos nuestras frases favoritas, pero vivíamos en *La nueva generación*.

Por supuesto, todos queríamos ser Worf. Todos queríamos ser klingons. La solución de Worf ante cualquier problema era atacar. En el capítulo «Justicia», descubrimos que Worf no sentía placer en sus relaciones sexuales con mujeres humanas porque eran demasiado frágiles y tenía que refrenarse. Nuestra gran broma cuando había alguna chica guapa era: «Oye, refrénate un poco». En «La tentación de Q», la chica klingon ideal se tiraba a Worf y era monstruosamente apasionada. Worf era inflamable, noble y atractivo, incluso con un caparazón de tortuga en la frente. Después de Worf, nos gustaba Data porque se burlaba de los hombres blancos al mostrar curiosidad por las tonterías que decía o hacía la tripulación, y porque cuando la guapísima Yar se emborrachó, él se declaró completamente operativo e hizo el amor con ella. Wesley, con quien se podría pensar que nos identificaríamos, un genio de nuestra misma edad y con una madre negligente que deja que el chico se meta en líos, no nos interesaba porque era un inútil niño de ciudad y llevaba jerséis ridículos. Por supuesto estábamos enamorados de la betazoide Deanna Troi, sobre todo cuando la serie dejó que se soltara la melena. Los monos que llevaba mostraban un gran escote, su cinturón rojo en forma de V señalaba ya saben dónde, y su voluminosa cabeza y su pequeño cuerpo lleno de curvas nos volvían locos. El comandante Riker estaba enamorado de ella, pero era como un palo y en absoluto convincente. Mejoró un poco cuando la barba disimuló sus mejillas infantiles, pero aun así queríamos ser Worf. En cuanto al capitán Picard, era un hombre mayor, aunque un hombre mayor francés, así que nos gustaba. También nos caía bien Geordi, porque siempre le dolía algo debido al visor que llevaba, y eso le proporcionaba cierto halo de nobleza también.

Abundo en tantos detalles porque nos separamos por culpa de la serie. Hacíamos dibujos, historietas e incluso intentamos escribir algún

capítulo. Hacíamos como si tuviéramos un conocimiento especial. Empezábamos a crecer y estábamos ansiosos por saber cómo acabaríamos. En *La nueva generación*, no éramos escuchimizados, pobres, acosados, huérfanos de madre, ni estábamos asustados. Éramos guays porque nadie más sabía de lo que hablábamos.

El primer día que volví a la escuela, Cappy me acompañó a casa. Hoy en día no es habitual ver andar a la gente en la reserva, salvo en los caminos peatonales creados para fomentar el ejercicio físico. Pero a finales de los años ochenta, los jóvenes todavía iban a pie a los sitios, y como Cappy y yo vivíamos a menos de un kilómetro y medio del colegio, aunque en direcciones contrarias, a menudo lanzábamos una moneda para decidir a casa de quién de los dos iríamos. La suya estaba más animada, ya que Randall, su hermano mayor, siempre tenía a sus amigas en casa, pero la mía tenía una televisión y una consola, por lo que podíamos jugar a *Bionic Commando*, un juego del que éramos auténticos fans.

Cappy me había dado la piedra del Pájaro Trueno en el pasillo del colegio, y me habló de ella en el camino de vuelta a casa. Me contó que cuando la encontró, el árbol todavía humeaba. Fingí que le creía. Sin decir nada, estaba claro que Cappy solo me acompañaba hasta casa, pero que no iba a entrar. Yo no le habría dejado pasar de todas maneras. Mi madre no quería que nadie la viese. Aunque mi padre pensaba cogerse una excedencia y había llamado a otro juez jubilado, estaba terminando algún papeleo en el despacho. Ya me había informado de que durante ese día estaría pendiente de ella, pero que mi madre se alegraría cuando yo llegase a casa.

Mientras nos acercábamos por el camino, Clemence salió por la puerta principal y me dijo que la había llamado una vecina para decirle que Mooshum estaba en el jardín. Por las prisas que tenía, supuse que se habría dejado los pantalones en casa. Subió al coche y dio media vuelta a toda velocidad. Cappy se volvió hacia su casa en cuanto llegamos a la mía, y yo recorrí la estrecha acera para entrar por la puerta trasera. Cuando doblé la esquina, divisé los arbolitos con sus pequeñas ramas y hojas marchitas, alineadas sobre el pavimento, a punto de morir. Dejé

los libros en el suelo y los recogí, uno por uno, y los puse a buen recaudo en un costado del jardín. En ese momento me dio por sentir lástima por ellos y, al mismo tiempo, fui consciente de que me daba pavor entrar en casa. Nunca había sentido algo así antes. Después, intenté abrir la puerta y descubrí que estaba cerrada con llave.

Me quedé tan desconcertado al principio que le propiné una patada a la puerta, pensando que estaría atascada. Pero la puerta trasera realmente estaba cerrada con llave. Y la puerta principal se cerraba de forma automática. Seguramente a Clemence se le había olvidado aquello. Saqué la llave del escondrijo y entré despacio, sin hacer ruido, sin dar un portazo ni soltar los libros de golpe encima de la mesa como habría hecho normalmente. Cualquiera otro día, mi madre no habría llegado a casa todavía y yo habría experimentado el tipo de euforia que siente todo muchacho al entrar en la casa de sus padres sabiendo que será solo para él durante dos horas. Que puede prepararse el bocadillo que le dé la gana. Que si tienen televisión, podrían estar poniendo alguna reposición para que la viera después de clase. Que podría haber galletas o alguna otra golosina en casa, que su madre hubiera escondido, pero no demasiado bien. Que podría husmear entre los libros de su padre y las estanterías del dormitorio de su madre en busca de algún libro, como *Hawai* de James Michener, donde podría encontrar consejos interesantes, pero inútiles al fin y al cabo, sobre los juegos amorosos preliminares de los polinesios. Pero no tengo más remedio que detenerme aquí. Era la primera vez, que yo recordara, que se había cerrado con llave la puerta trasera de casa, y tenía que buscar la llave debajo de los peldaños de atrás, donde siempre colgaba de un clavo y que solo utilizábamos cuando los tres regresábamos de largos viajes.

Y esa misma era la sensación que yo experimentaba en ese momento: que ir al colegio había sido un largo viaje del que acababa de regresar.

El ambiente en casa parecía desolado, rancio y extrañamente apagado. Me di cuenta de que eso se debía a que desde que encontramos a mi madre sentada en el coche nadie había cocinado, frito u horneado ni preparado ningún alimento. Mi padre tan solo había hecho café, que bebía día y noche. Clemence había traído cazuelas con guisos, que permanecían en el frigorífico, a medio comer. Llamé a mi madre en voz baja y subí las escaleras hasta la mitad, hasta que reparé en que la puerta

del dormitorio de mis padres estaba cerrada. Bajé de nuevo despacio hasta la cocina. Abrí el frigorífico, me serví un vaso de leche fría y bebí un trago largo. Estaba terriblemente agria. Tiré la leche, enjuagué el vaso, lo llené y apuré el agua ferruginosa de la reserva hasta quitarme el mal sabor de la boca. Después, me quedé allí con el vaso vacío en las manos.

Una puerta entornada permitía ver una parte del mobiliario del comedor: una mesa de madera de arce moteada, rodeada por seis sillas. Estaba separada de la sala de estar por una estantería baja. El sofá se encontraba justo al otro lado de un pequeño cuarto atestado de libros: la guarida de mi padre, también conocida como su despacho. Con el vaso en la mano, percibí el inmenso silencio que reinaba en nuestra pequeña casa como el que sigue a una enorme explosión. Todo se había detenido. Incluso el tictac del reloj. Mi padre lo había desenchufado cuando regresamos a casa del hospital la segunda noche. Quiero un reloj nuevo, dijo. Me quedé allí de pie, observando el viejo reloj cuyas manecillas se habían detenido sin sentido a las 11.22. El sol entraba por el oeste dibujando parches dorados en el suelo de la cocina, pero era un resplandor siniestro, como la luz penetrante que asoma por detrás de una nube cuando avanza desde poniente. Me invadió una sensación de angustia y pavor, un sabor a muerte como leche agria. Dejé el vaso en la mesa y salí corriendo escaleras arriba. Irrumpí en la habitación de mis padres. Mi madre se hallaba sumida en un sueño tan profundo que cuando intenté acostarme a su lado, me golpeó en la cara. Fue un codazo que me alcanzó en la mandíbula y me dejó casi sin sentido.

Joe, susurró con voz trémula. Joe...

Mamá... La leche está cortada.

Bajó el brazo y se incorporó.

¿Cortada?

Nunca había dejado que se cortara la leche en el frigorífico. Se había criado sin refrigeración y se enorgullecía de lo limpia que tenía su preciada nevera. Se tomaba muy en serio lo de mantener en perfectas condiciones lo que allí guardaba. Incluso había comprado fiambreras de Tupperware en una fiesta. ¿La leche está cortada?

Sí, respondí. Está cortada.

¡Hay que ir a la tienda!

Su serena reserva había desaparecido: un gesto de angustia y horror le empañó el rostro. Los moratones se habían hecho visibles y sus ojos aparecían rodeados de sombras oscuras, como los de un mapache. Sus sienes latían con un color verde enfermizo. Su mandíbula era índigo. Sus cejas siempre habían sido muy expresivas, con ironía y amor, pero ahora estaban tensas y denotaban ansiedad. Dos líneas verticales, tan negras como si las hubieran pintado con un rotulador, le dividían la frente. Sus dedos tiraban del borde del edredón. ¡Cortada!

Ahora venden leche en la gasolinera de Whitey. Puedo acercarme allí en bici, mamá.

¿En serio? Me miró como si le acabara de salvar la vida, como a un héroe.

Le llevé el bolso y me dio un billete de cinco dólares.

Compra más cosas, dijo. Comida que te guste. Algún capricho. Se le trababa la lengua al hablar y me di cuenta de que seguramente le habían dado alguna medicina para ayudarla a dormir.

Nuestra casa había sido construida en los años cuarenta y era un sólido bungalow. En ella había vivido hacía tiempo el director de la Oficina de Asuntos Indios, un burócrata presuntuoso, acicalado, de estatura anormalmente baja y profundamente aborrecido. La vivienda había sido vendida a la tribu en 1969 y destinada a oficinas hasta que se planificó su demolición para ser sustituida por los actuales locales. Mi padre la compró y la trasladó a un pequeño terreno en las afueras del pueblo, que había pertenecido a Shamengwa, el difunto tío de Geraldine, un hombre apuesto en un antiguo marco de foto. Mi madre echaba de menos su música, pero su violín estaba enterrado con él. Whitey había utilizado el resto del terreno de Shamengwa para levantar la gasolinera al otro extremo del pueblo. Mooshum poseía la vieja parcela que se encontraba a unos seis kilómetros de distancia, donde vivía el tío Whitey, el cual se había casado con una mujer más joven: una antigua *stripper* alta, rubia y de piel curtida. Él ponía la gasolina, cambiaba el aceite, inflaba los neumáticos y realizaba chapuzas poco fiables. Su mujer llevaba las cuentas, abastecía las estanterías de la pequeña tienda con frutos secos y patatas fritas y le decía a la gente por

qué podía o no repostar. Había comprado recientemente un gran frigorífico para conservar la leche. Tenía otro más pequeño para botellas de zumo de naranja y uva. Se llamaba Sonja, y me gustaba como a cualquier chico le puede gustar su tía, pero mis sentimientos hacia sus pechos tenían otra dimensión: perdía la cabeza por ellos sin remedio.

Cogí mi bicicleta y una mochila. Tenía una bici destartalada con cinco marchas y ruedas todoterreno, un portabidón y un garabato plateado en el cuadro: Storm Ryder. Tomé la carretera secundaria llena de baches, crucé la carretera principal, rodeé una vez la gasolinera de Whitey y derrapé hasta detenerme, con la esperanza de que Sonja me estuviera mirando. Pero no, estaba dentro contando palitos de Slim Jims. Lucía una enorme, resplandeciente, radiante y blanca sonrisa. Levantó la vista y me la dirigió a mí cuando entré. Era como una lámpara de rayos ultravioletas. Llevaba el cabello recogido como un algodón de azúcar, formando una corona ondulante y amarilla, de la que colgaba una sedosa coleta de más de medio metro, que le caía por la espalda. Como siempre, vestía un conjunto espectacular: en esta ocasión, un chándal azul celeste con ribetes de lentejuelas y la cremallera de la sudadera bajada hasta las tres cuartas partes. Me quedé sin aliento al ver la camiseta, un tejido más claro y transparente, como alas de hadas. Llevaba unas impolutas deportivas blancas y esponjosas, y unos pendientes de cristal en las orejas, tan grandes como chinchetas. Cuando vestía de azul, como ocurría a menudo, sus ojos azules despedían fulminantes y prodigiosos rayos.

Cielo..., me dijo. Dejó los Slim Jims y me abrazó. En ese momento no había nadie en la gasolinera ni en la tienda. Olía a Marlboros, a Aviance Night Musk y a su primer trago de la noche.

Yo era muy afortunado: era un chico al que las mujeres adoraban. No era algo que yo hubiera buscado, y de hecho aquello preocupaba a mi padre. El hombre hacía valientes tentativas por contrarrestar esos mimos femeninos realizando actividades masculinas conmigo: jugábamos a la pelota, lanzábamos balones de fútbol americano, acampábamos al aire libre y salíamos a pescar. Pescábamos a menudo. Me enseñó a conducir cuando cumplí ocho años. Temía que tantas

cucamonas acabasen por ablandarme, aunque él mismo había sido bastante mimado, podía darme cuenta de ello, y mi abuela le había consentido (y a mí también) muchísimo durante los años anteriores a su muerte. Aun así, yo supuse una tregua en la historia reproductiva de nuestra familia. Mis primos Joseph y Evelina estaban en la universidad cuando yo nací. Los hijos de Whitey de su primer matrimonio eran ya adultos y la relación de Sonja con su hija, London, resultaba tan tormentosa que la llevó a asegurar no querer tener más hijos jamás. No había nietos en la familia (de momento, gracias a Dios, decía Sonja). Como ya he dicho, nací muy tarde, en el estrato envejecido de la familia y de padres a quienes a menudo se tomaría por abuelos. Había que añadir además esa carga adicional de ser una sorpresa para mis padres, con todas las repentinas esperanzas que aquello llevaba consigo. Todo recaía sobre mí: lo malo y lo bueno. Pero una de las mejores cosas, una que yo apreciaba sobremanera, era lo cerca que me permitía estar de los pechos de Sonja.

Podía quedarme pegado a sus senos todo el tiempo que ella me abrazara. Siempre me cuidaba mucho de no tentar a mi suerte, aunque sentía un cosquilleo en las manos. Eran voluptuosos, delicados, firmes y redondos. Unos pechos capaces de partirte el corazón. Los llevaba muy realzados bajo sus camisetas con escotes de vértigo y de tonos pastel. Todavía lucía una fina cintura y sus caderas incendiaban levemente los ánimos dentro de unos ajustados y desgastados vaqueros. Sonja se masajeaba el cuerpo con aceite para niños, pero se había pasado toda la vida tomando el sol sin descanso, y su bonita nariz sueca mostraba marcas de quemaduras solares. Era una amante de los caballos; Whitey y ella tenían un viejo caballo pinto, un impresionante mestizo cuarto de milla y árabe, un appaloosa roano, tuerto y con mirada fantasmal, llamado Espectro, y un poni. De modo que junto con el olor a whisky, perfume y tabaco, solía desprender unos suaves aromas a heno y tierra, así como la fragancia a caballo, algo que en cuanto se ha olido una vez siempre se echa en falta. Los hombres estaban destinados a vivir con el caballo. Whitey y ella tenían además tres perras, todas muy fieras, y cuyos nombres estaban inspirados de algún modo en Janis Joplin.

Nuestro perro había muerto hacía dos meses y todavía no teníamos otro. Abrí la mochila y Sonja guardó en el interior la leche y los otros